

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Labores, Teatro y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Jesucristo, por don A. Pirala.—La muerte de Jesucristo [poesía], por don Enrique Hernandez.—Jerusalén, por doña Angela Grassi.—Las Siete Palabras [poesía], por don Carlos Frontaura.—Vista general de Montserrat [conclusion], por don Antonio Flores.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Segundo Figurín.—Pliego de Dibujos.

JESUCRISTO.



ADORADO Jesucristo en el humilde pesebre, que fué su cuna, porque era una esperanza de salvación, y un porvenir de gloria, bien pronto se vió realizada la una y el otro.

Reyes y pueblos le adoran: reyes y pueblos hallaron en él su salvación.

Si le hacen en breve huir á Egipto, pronto se le verá en el templo asombrando á los doctores con su juicio y su elocuencia. Crece en saber y en virtudes, se confunde humildemente entre la multitud, resiste en el desierto las tentaciones satánicas, escoje hombres humildes para ensalzarlos, ejecuta el primer milagro en las bodas de Caná, le siguieron otros muchos, y ante Nicodemus y los samaritanos, durmiendo al rugir de las embravecidas olas, salvando al endemoniado, curando al paralítico, predicando en la montaña las sublimes máximas del Evangelio, y dando despues consejos particulares y prohibiendo juzgar á los demás, impulsado como suele ser este juicio por las malas pasiones, adquiere ya una fama general, y acuden á él el leproso, el Centurion, la Magdalena y la Cananea, resucita á la hija de Jair y al hijo de la viuda, instruye al pueblo por medio de parábolas, multiplica los panes, hace andar á San Pedro sobre las aguas, se transfigura, recomienda la humildad del niño, y en todos sus hechos y palabras se muestra, no solo magnifico y sublime, sino divino, como verdadero Hijo de Dios. Como tal le consideraba la multitud cuando sucedió la re-

surrección de Lázaro, que llevó su fama entre las gentes al mayor apogeo.

¿Qué extraño que su entrada en Jerusalén fuera la ovación mas espontánea y completa que se ha hecho? ¿Qué extraño que se alfombrara su camino con flores y telas, y le aclamaran rey, y gritaran *Hossana*, y cien veces bendito al que iba en nombre del Señor?

No se habia dispuesto aquella entrada triunfal, ni se mandaba aquel entusiasmo, ni se habia prescrito ceremonial alguno. Era el pueblo que, inspirado por su corazón, acudía con gozoso bullicio á demostrar el cariño que tenia al que hacia conquistas de corazones, no de ciudades; al que predicaba la paz, no la guerra; al que llevaba consigo la salud, la felicidad y la vida. Asombraba con sus milagros, inspiraba amor con sus beneficios, y se le recibía con esa gratitud del amor, que no se manda, sino que se siente.

Y el que produce tales sentimientos, el que ha hecho tanto bien, recibe en pago los tormentos y la muerte. Pero la cree necesaria para salvarnos, y muere: la mancha del género humano solo se lava con la sangre de Jesucristo y las lágrimas de María, y muere el Hijo y llora la Madre: ni aquella muerte ni aquel llanto tienen igual.

Jesucristo muere por salvarnos, María llora por su Hijo; el amor produce aquella muerte y aquel llanto: solo el amor los podía producir.

Que el amor haga se practiquen las máximas del que murió por ellas y por nosotros; que la madre, que es la que sabe comprender el amor, inculque en la mente y en el corazón de sus hijos los preceptos del que fué humilde entre los humildes y enseñó la práctica de todas las virtudes.

—No juzgar á los demás, dijo, porque no somos jueces de los demás, porque no cuidamos de nuestros

defectos y esponemos los del prójimo, porque predicamos la virtud y enseñamos el vicio, desmintiendo con los hechos nuestras palabras.

El amor y la caridad enseñó Jesucristo: con el amor y la caridad observaremos su doctrina, cumpliremos nuestros deberes religiosos y sociales; y mereceremos bien de Dios y de la sociedad, que es y debe ser siempre la noble aspiración de todos.

A. PIBALA.

LITERATURA.

LA MUERTE DE JESUS.

Así que se mofaron
De su dolor, por Satanás vencidos,
Corona, cetro y manto le quitaron,
Y habiéndole vestido sus vestidos
La planta enderezaron,
Allí donde le espera
Muerte afrentosa cuanto injusta y fiera.

Al Gólgota llegado
Para saciar su sed vino le dieron
Con mirra y con vinagre preparado,
Y de la Cruz al árbol le subieron
De pompa despojado
Por el invierno bronco,
Y enclavaron sus miembros en su tronco.

«Tú que al tullido inerte
Das movimiento y al cadáver vida,
Redímeme á tí mismo de la muerte
—La multitud clamaba enfurecida.—
Si eres sábio, sé fuerte,
Si rey, de la Cruz baja
Y en púrpura convierte la mortaja.»

Y de la Cruz María
Al pié con Juan y Magdalena, en tanto
Ya casi sin aliento fallécia,
En el raudal ahogada de su llanto;
Y Jesús se dolía,
Al verla, de su suerte,
Aun mas por su aflicción que por la muerte.

En su semblante fijo
Su lívido semblante, señalando
A Juan—*Mujer*—esclama—*ese es tu Hijo*;
Y á Juan mirada y ánima tornando
—*Esa es tu Madre*—dijo,
Y á su Padre volviendo
Espiró, como un niño, sonriendo.

Un punto desprendida
La tierra de su asiento de diamante,
Y en medio del espacio suspendida,
Amenazó, cual el peñón gigante
Donde el águila anida,
Bajo su pesadumbre
Sepultar á la absorta muchedumbre.

Con fragor pavoroso
El velo del Sagrario desgarróse;
Las piedras se partieron; y el reposo
Abandonando de la tumba, vióse,
Al resplandor dudoso
De lumbre mortecina,
Cruzar los muertos la ciudad vecina.

Ante prodigio tanto,
Presagio de la cólera celeste,
El Centurion clamó con hondo espanto:
—Hijo de Dios, hijo de Dios era éste!—
Inútil queja y llanto!
¿Quién borrará lo escrito
En tu frente por Dios, pueblo maldito?

ENRIQUE HERNANDEZ

JERUSALEN.

¡La Semana Santa! Cuántas incomprensibles maravillas, cuántas sublimes tristezas, cuántos inefables consuelos van envueltos en estas sencillas palabras, que llenan el alma de recogimiento y misteriosa expectativa! La Semana Santa! es decir, la semana que reasume la historia del cielo y de la tierra, en la que se representan á la par que los errores de los hombres, la inmensurable justicia de Dios, y la infinita piedad del Cordero inmaculado; en la que el sublime drama del Gólgota se desarrolla ante nuestros ojos atónitos, para producir la civilización del mundo y la ventura del género humano!

¡Desdichados aquellos que, como el pueblo judaico, permanecen hoy insensibles ante un espectáculo tan sublime y no se prosternan á los piés de la Cruz!

Pero los lugares adonde se transporta la imaginación en estos días de piadoso recogimiento, son los lugares que el Salvador marcó con su divina huella, aquellos que fueron testigos de todos los actos de su vida, y que regó con sus lágrimas y su preciosa sangre. Allí cada eco es un eco de sus palabras: un eco de su agonía.

Mas ¡ay! que la ciudad de los santos recuerdos no es ya la ciudad resplandeciente con la gloria de David y Salomón.

La tierra de Canán, la fértil tierra prometida por Dios á Moisés, y adonde llevó Josué á los israelitas al través de los desiertos, es hoy una tierra erizada

de peñascos sombríos y desnudos, y sus llanuras ofrecen un aspecto agreste, seco y pedregoso, en donde apenas se distinguen los vestigios de su anterior cultura. Árboles escasos, flores amarillentas, yerbas raquíticas, es la única vejetación que ofrecen á la vista las orillas del Mar Muerto.

Jerusalen se alzó contra el Hijo de Dios: Jerusalen yace esclava!

La ciudad en la cual todo el orbe católico tiene fijadas sus miradas, es hoy una ciudad ruinosa, de calles estrechas, tortuosas, mal enlosadas, y la mayor parte de sus casas, construidas de piedra, no reciben mas luz que la que entra por la puerta y por las pequeñas ventanas, cuyas verjas son de madera, lo cual les da un aspecto lóbrego y sombrío.

La mezquita mas hermosa es la de Omar, que se levanta en el sitio en donde estuvo asentado el templo de Salomon, y otra mezquita, erigida mas arriba de la gruta de la Inmaculada Concepcion y de la de David, en donde aseguran los turcos que descansan los restos de este monarca y de su hijo.

Entre los conventos cristianos, se cita particularmente el de San Salvador, en donde residen unos cuarenta religiosos españoles, de la Orden de San Francisco, los cuales reasumen el poder temporal y espiritual de todos los conventos católicos de Tierra Santa. Estos religiosos son muy pobres, y están igualmente perseguidos por los turcos, los griegos y los maronitas.

Hay además la iglesia del Santo Sepulcro, construida sobre el Monte Calvario, que ocupa el centro de la ciudad; edificio irregular, cuya fachada es una mezcla de estilo morisco y arquitectura gótica. El Santo Sepulcro es un altar de mármol, bastante bajo, de ocho piés de largo sobre dos y medio de ancho, el cual se halla encerrado en una pequeña capilla, tambien de mármol, cuyas paredes están cubiertas con colgaduras de terciopelo, y adornadas con algunas lámparas de muchísimo valor. Encima del Santo Sepulcro hay un cuadro que representa la Resurreccion de Cristo.

Mas ¡ay! que la entrada de la capilla está guardada por cuatro turcos, que exigen 23 piastras á los peregrinos que desean visitarla; ¡ay! que las campanas de la torre contigua á la iglesia, inutilizadas desde que la media luna brilla sobre todas las cúpulas de la ciudad, no pueden convocar á los fieles á la oracion, y el Tabor, el Olivete y el Gólgota solo repiten los cantos del Muezzin!....

¡Jerusalen yace esclava!

Despues de haber cometido el horrendo crimen, solo un dia de gloria brilló para ella: gloria efímera, como lo es siempre la del malvado, gloria cuyo recuerdo hace mas horribles las torturas del cautiverio.

Aquel dia fué cuando Godofredo de Bullon enarbó el estandarte de la Cruz sobre sus almenas.

Pero pasaron 80 años, y perdido su último rey, Guido de Lusñan; sitiada por Saladino, tuvo que humillarse á pedir una vergonzosa capitulacion.

No bastaron á salvarla ni el heroico esfuerzo de sus defensores, ni la enérgica resistencia de su jefe, Balaan de Ibelin: Dios lo quiso: su destino se habia cumplido.

Al acercarse el dia en que los cristianos debían abandonar para siempre á Jerusalen, á la tierra de promision, á la tierra bendita, regada con la sangre de Jesucristo, el desconsuelo era tan general, que la ciudad entera resonaba con sus tristísimos gemidos. Todos quisieron besar por última vez los vestigios sagrados de la divina Pasion. Todos quisieron formular una última plegaria en aquellas iglesias, en donde habian orado tantas veces, y que iban á ser profanadas por los feroces enemigos, y se les veía ir de una en otra cabizbajos, tristes, silenciosos.

Llegó por fin el aciago dia: cerráronse todas las puertas de la ciudad, á escepcion de la de David. Saladino, sentado sobre un espléndido trono y rodeado de sus magnates, vió desfilar delante de sí á toda aquella multitud, que pasaba con la cabeza baja, las manos cruzadas sobre el pecho, dejando en pos un reguero de lágrimas amargas.

Iba el primero el Patriarca, acompañado del clero, que llevaba los Vasos Sagrados, los ornamentos del Santo Sepulcro, y los tesoros, cuyo valor, segun dice un autor árabe, solo de Dios era conocido. Seguía luego la reina Sibila, con los principales Barones y caballeros, y formaban su séquito gran número de mujeres, que llevaban á sus hijos pequeñuelos en los brazos, y poblaban el aire con sus lamentos. Muchos cristianos dejaban abandonados sus objetos preciosos y sus riquezas, para llevar en hombros á sus ancianos padres, y otros á sus amigos enfermos y lisiados. ¡Oh dia de luto y de tristeza eterna! Era tan conmovedor el espectáculo que ofrecía aquella multitud desolada, eran tan dolorosos los adioses que enviaban á aquellos Lugares Santos y queridos, que el mismo Saladino se conmovió, permitiendo á los hospitalarios que se quedasen á guardar el Santo Sepulcro y á cuidar á los peregrinos enfermos y moribundos.

Y mientras el conquistador celebraba con espléndidos festejos la toma de Jerusalen; mientras sustitua al culto de Jesucristo el culto del Profeta; mientras todas las iglesias, á escepcion de la del Santo Sepulcro, eran convertidas en Mezquitas, y lavadas las paredes de la de Omar con agua de rosas traída de Damasco, el infeliz pueblo cristiano vagaba hambriento, haraposo, exánime, por la Siria, rechazado hasta por sus propios hermanos, que le acusaban de haber vendido el Sepulcro de su Dios.

Cuando la noticia de este desastre llegó á Europa,

produjo el efecto del rayo, y Urbano II murió de dolor al recibirla.

En vano Federico, emperador de Alemania, Felipe Augusto, de Francia, y Ricardo, *corazon de Leon*, volaron á Oriente, seguidos de brillantes falanjes de héroes y de Mártires para reconquistar la Ciudad Santa, porque fueron vencidos y destrozados; en vano mas tarde el Santo Rey de Francia Luis IX, quiso intentar un último y poderoso esfuerzo: la flor de sus caballeros pereció en las calles estrechas y oscuras de Mansourah: allí alcanzaron las palmas del martirio Raoul de Coucy y Guillermo, *Larga espada*, y los demás perecieron en las orillas del Nilo diezmados por el hambre y la epidemia, cayendo en poder de los sarracenos el mismo santo Rey y su glorioso oriflama.

Jerusalén debia permanecer esclava: han pasado siete siglos, y aun suspira al compás de sus cadenas!

El Dios de amor, es tambien Dios de justicia.

Humillémonos ante su omnipotencia, y roguémosle que por su preciosa sangre, derramada en el Calvario, vuelva á franquearnos las puertas de Jerusalén, que es símbolo y emblema de la Jerusalén eterna!

ANGELA GRASSI.

LAS SIETE PALABRAS.

I.

¡ Señor y padre mio!

Al hombre que de espinas me corona,

A mi enemigo impío,

Como yo, le perdona....

Es que al error ¡ oh padre! se abandona.

Y el Hombre-Dios piadoso

Humilde mira á su enemigo airado!...

Por él vuelve amoroso,

Cuando puede irritado

Anonadar el mundo del pecado.

Y tan sublime ejemplo

No sigue el hombre, que en su pecho eleva

A la soberbia un templo!...

Y aun el rencor le lleva

A la venganza vil que Dios reprueba.

Dé siempre el hombre al hombre

Generoso perdon!—Esencia pura

De Dios, bajó en su nombre

Jesús desde su altura

A darle su perdon y la ventura!

Con la sangre preciosa

Que á derramar entre nosotros vino,

De la paz venturosa

Nos señaló el camino,

De la virtud nos escribió el destino.

¡ Y el hombre miserable,
Mónstruo de vanidad, acaso olvida
Que en polvo deleznable
Del alma desprendida
Será la vil materia convertida!

Que Dios ha asegurado
Ensaltar al humilde que padece
Por quien, torpe y menguado,
Le humilla y le escarnece,
Y con soberbia vil el pan le ofrece.

Castiga á tu enemigo
Dándole tu perdon por penitencia,
Que su mayor castigo
Lo hallará en tu clemencia,
Como en la eterna voz de su conciencia!

II.

Oh! tú, que reconoces

Que el hijo soy de Dios y verdad digo,

Tú del cielo los goces

Disfrutarás conmigo....

Tú en el cielo serás!... Yo te bendigo!

Jesús inmaculado

Y esencia pura del divino aliento,

Al ver en un malvado

El arrepentimiento

En el Empíreo le promete asiento.

Orad, orad, cristianos!

Fundad en Dios eterno la esperanza!

Que los bienes humanos

Sujetos á mudanza

Están, y solo en Dios el bien se alcanza!

En Dios encuentra ayuda

Y proteccion el pecador contrito,

Y aquel que de Dios duda

Inconfeso precito,

Humillado será, será maldito!

El ejemplo os advierte

Del ladrón pecador, que arrepentido

viendo de Dios la muerte,

El solo bueno ha sido

En medio de aquel pueblo envilecido.

Procura el hombre en vano

Hallar, viviendo, la verdad que ansía.

La verdad el cristiano

La vé segura el día

Que el alma en un suspiro á Dios envía.

III.

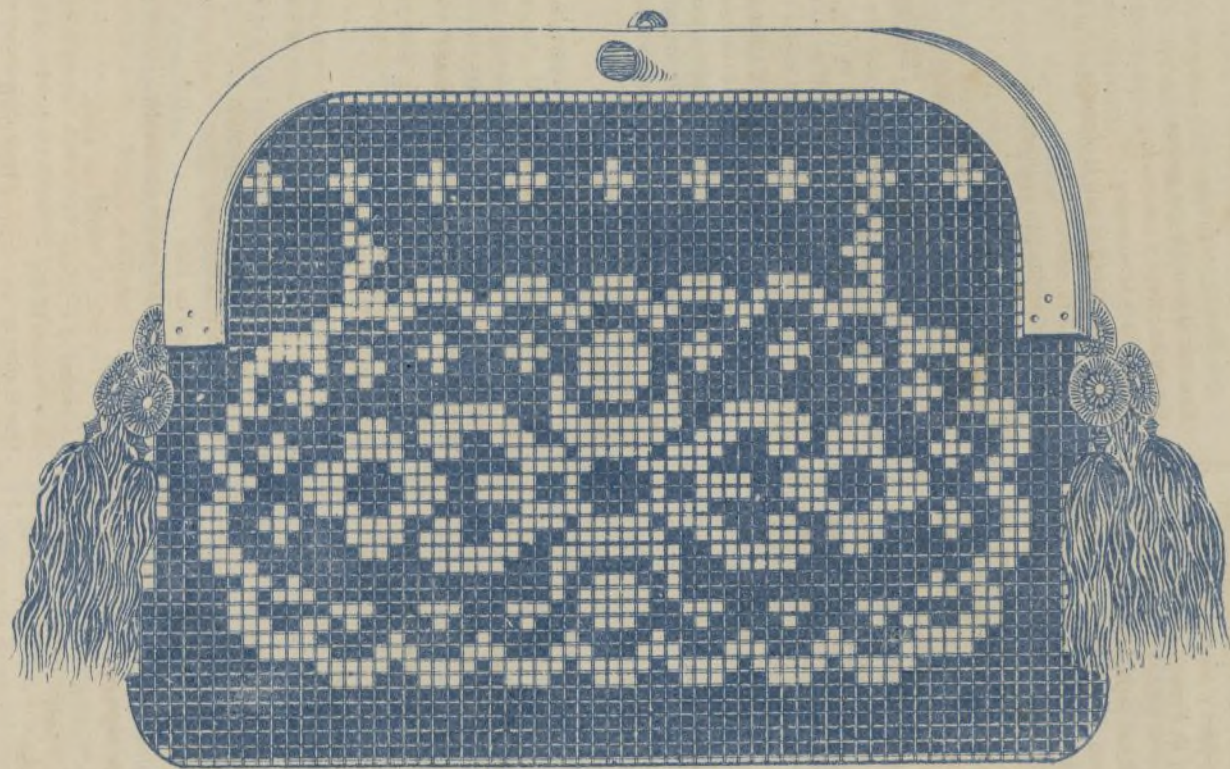
Por tu dolor me aflijo,

¡ Oh Madre de mi amor, Virgen María!

Acepta á Juan por hijo,

Que Juan desde este día

En tí su Madre vea, Madre mia!



Abril de 1862.

Lit. de Aragon, Ptasas 10.

Correo de la Moda.
Calle de Lope de Vega 10.
Ayuntamiento de Madrid
MADRID

¡ Oh! Virgen amorosa
Que diste al mundo el Redentor del mundo,
Y cual Él generosa,
Hiciste tan fecundo
Para el mundo cruel tu amor profundo!

¡ Tú, de quien en la vida
Sufre y llora consuelo bendecido,
Y madre bendecida
Del triste desvalido
Que á la piedad abandonado ha sido!

¡ Tú, la sola que aplacas
Las tempestades de la mar bravia,
Y salvo á tierra sacas
Al náufrago que envía
Súplicas á tu amor en la agonía;

¡ Tú, que potente abates
Del descreído la rabiosa saña!...
¡ Tú, que en tantos combates
Seguiste en tierra estraña
A los nobles soldados de tu España!...

¡ Bendita Tú que ofreces
Al hombre tanto amor, Virgen María!
¡ Bendita una y mil veces!
Sé siempre nuestro guía,
Y siempre Madre de la patria mía!

IV.

¡ Dios mío, padre amado!
¿ Por qué, Dios mío, en tan supremo instante
Estoy abandonado?...
Mi acento suplicante,
¿ No llega, oh Padre, á tu cariño amante?

Al dolor no cedia
El Hombre-Dios el poderoso aliento,
Por el hombre sufría,
Y era su pensamiento
Por el hombre sufrir mayor tormento.

Y la ayuda invocaba
De Dios para aquel pueblo malhadado,
Que sin dolor miraba
Por él crucificado
Del Hombre-Dios el cuerpo inmaculado.

V.

¡ Sed tengo! Padre mío,
Sed de sufrir por redimir al hombre
Que me condena impio,
Sin que mi amor le asombre
Ni le infunda terror tu santo nombre.

El cruel sacrificio
Del Hombre-Dios recuerden los cristianos:
Él acudió propicio
Al bien de los humanos,
Y al redimirnos, Él nos hizo hermanos!

¡ Oh, vosotros los hombres,
Que por oro y poder os haceis guerra,
Ved que son vanos nombres
Los bienes de la tierra;
Que solo en hacer bien el bien se encierra!

VI.

¡ Todo está consumado!
¡ Tu voluntad, oh Dios, está cumplida!
Ya del primer pecado
La tierra redimida,
Dándome á mi la muerte halló la vida!

Dios al bueno bendiga,
Y el bueno al criminal el bien le advierta,
Mi huella el hombre siga;
Será su dicha cierta,
Y del cielo hallará la entrada abierta.

¡ Tenga los ojos fijos
El hombre en Dios, y en su justicia crea!
Dé al mundo honrados hijos,
Y honrados nietos vea,
Y siempre á Dios honrando, honrado sea!

VII.

¡ Oh padre! padre mío,
En tus manos mi espíritu encomiendo!
¡ A tí llegar ansio,
Al hombre redimiendo,
Y al hombre y á tu amor satisfaciendo!

Y en el mismo momento
Jesús, el Hombre-Dios sacrificado,
Dando el postrer aliento
Al mundo abandonado,
Redime al mundo del primer pecado.

CARLOS FRONTEIRA.

VISTA GENERAL DE MONTSERRAT.

(Conclusion.)

La parte baja del monte, el primer cuerpo de ese inmenso grupo de gigantes de piedra, ha sufrido con el trascurso de los siglos una gran descomposición. En los robustos pliegues de ese inmenso ropaje de piedra, que forma, como hemos dicho antes, una circunferencia de cuatro leguas, una capa de tierra fertilísima conviada con una muelle alfombra á escalar el monte. Los cereales y la vid crecen en abundancia en los primeros tramos, y mas arriba, el pino y el madroño, y las encinas y el enebro, con una porción de olorosas plantas silvestres, van indicando al peregrino que allí donde pone la planta no ha llegado la mano cultivadora del hombre. Y á medida que se va

avanzando, cuando se ha perdido de vista el terreno cultivado, van faltando también los arbustos, y la roca, pelada, desnuda de toda herboración, ostenta los variados matices de los óxidos metálicos que tienen la cal y la sílice del monte. Únicamente el trébol silvestre esparce allí el olor acre y nauseabundo de sus dorados racimos.

Pero según va faltando la vegetación, va creciendo la grandeza de la montaña, y la belleza de aquellos caprichosos riscos y las tintas amarillas, cenicientas y rojas que esmaltan la piedra, hacen olvidar la frondosidad del bosque y el aroma del campo. Respirase además un aire tan puro en aquellas alturas, es tan vasto y tan magnífico el panorama que va quedando en lontananza, que el peregrino siente un placer al ver lejos de sí aquellos recuerdos de la civilización.

El ánimo se eleva á la contemplación de lo infinito al sentir las frescas brisas de las mas puras regiones atmosféricas, y el hombre experimenta un orgullo legítimo al considerar que medio mundo está sirviendo de pedestal á su persona.

Ya han desaparecido del monte los castillos en que moraban los valientes caballeros que arrojaron de Cataluña á los hijos del Profeta. La tradición le dice al viajero cómo se llamaron y dónde estuvieron situadas esas fortalezas, y el viajero se detiene en aquellos lugares con tanto placer como si aun existieran los castillos y estuvieran dentro de ellos Otgero, Catalon, Agatton, y los demás ilustres señores que se repartieron la montaña para defender desde ella gran parte del Principado.

Pero ¿cómo se ha de admirar el viajero de que hayan desaparecido aquellas obras de los primeros siglos, si las ermitas, que eran de ayer, ya no existen hoy? De las trece atalayas que la fé cristiana había establecido en el monte, ya no queda otra cosa que ruinas. Los peregrinos suelen visitarlas todas, no para pedir albergue en ellas al austero cenobita que ha desaparecido de allí, sino como un tributo de respeto á aquellos piadosos varones, y para dilatar el espíritu á la vista del grandioso panorama que se descubre desde todas ellas.

Las trece ermitas de Montserrat eran una especie de *Via-crucis*, que desde la puerta del convento iba al infinito del espacio; una *scala-cali*, que daba principio en la ermita de Santiago y acababa en la de San Gerónimo.

Los seiscientos setenta escalones trabajados en la roca, en tan atrevida y peligrosa pendiente, que fué preciso ponerles unos pasamanos de madera que ofreciesen, no seguridad, sino menos peligro, están casi destruidos por completo. No es posible servirse de esa escala para trepar á la cumbre del monte. Tampoco está practicable otra senda mas larga y menos áspera que la anterior, aunque llena de escabrosidades y

precipicios; y habremos de visitar las ermitas por el tercer camino, no mas suave, al parecer, que los anteriores, pero camino real, puesto que le trazaron con sus régias plantas los principales Monarcas españoles y muchos Reyes y Príncipes extranjeros.

Algunos de ellos, como Felipe II, hicieron parte de la escursión á caballo; pero nosotros la hacemos á pié, deteniéndonos desde luego en la ermita de Santiago, distante dos mil trescientos pasos del Santuario, y desde la cual, por encima de espantosos abismos que las sinuosidades del terreno abren á su alrededor, se ven varias ermitas y se descubre gran parte del Monasterio, oyéndose clara y distintamente el órgano de la iglesia.

Las vistas que se gozan desde esta ermita son deliciosas, especialmente hácia la parte de levante; pero en cambio su vecina, la de Santa Catalina, no tiene mas vistas que la frondosidad de los árboles que la rodean. Metida debajo de una peña, que casi la cubre por completo, el valle que se forma á su derredor, da vida á una multitud de arbustos y de plantas, y allí reina un silencio profundo, que apenas turban los ruiseñores y los mirlos, que antes cantaban sin cesar para ganar el sustento que les preparaba el ermitaño.

En la de San Juan, que dista unos cuatrocientos pasos de la anterior, se detuvo á comer Felipe II el día 10 de Julio de 1599, y seguramente que el Monarca no eligió para su descanso la ermita mas reducida ni la peor situada.

La de San Onofre parecería una jaula colgada en el aire, á juzgar por el extraño aspecto que hoy ofrecen sus ruinas. Estaba adherida á un gran peñasco, cuya cúspide ahogaba aquella reducida sepultura, que no tenia mas que una sola entrada y un solo punto de vista. Se entraba por el lado de levante, trepando sesenta peldaños de piedra, y no se podía mirar sino al Mediodía.

No es mas suave la subida á la ermita de Santa María Magdalena, y es tal la escabrosidad del terreno por aquella parte del monte, que horroriza pensar que haya habido persona que pudiese pasar allí la vida sin miedo á los vientos y á las tempestades, que deben hacer de aquel sitio una de sus mejores estaciones de tránsito.

Verdad es que si esta consideración y estos temores hubiesen retraído al ermitaño de la Magdalena de pasar en aquella soledad los meses y los años, no hubiese habido ningún anacoreta en los demás puntos del monte, porque en todos ellos hay el mismo peligro, y en todos asaltan iguales recelos. No hay corazón bastante fuerte ni alma de temple capaz de resistir un día y otro el bramido del viento que se encierra en aquellas ásperas cavidades y recorre las peñas, remedando los ecos mas lúgubres y los sonidos mas aterradores, ó produciendo aparentes temblores de tierra. Necesitábase para vivir en aquellas grutas, lo

que tenían los santos varones, que por espacio de muchos siglos las han habitado, mucha fé y una gran elevación de espíritu que les impedía pensar en otra cosa que en la Divinidad, con quien parecían tener mas contacto que con los hombres.

Los ermitaños que vivían en la montaña dependían del Abad del Monasterio, pero no bajaban á este sino cuando estaban gravemente enfermos ó el superior les llamaba para que asistiesen á alguna gran solemnidad. Rezando, leyendo, cultivando unas pocas hortalizas, que era el único manjar que añadían al pescado salado que les llevaba un criado del convento, distribuyendo con los pájaros esta frugal comida, y trabajando cruces y cucharas de palo para regalar á los devotos peregrinos, así pasaban la vida aquellos pobres legos. Un tosco sayal de paño pardo cubría sus carnes, un moncion de paja era su lecho, y estábales prohibido comunicarse entre sí. Las campanas del Monasterio eran la ronda que recorría los cuerpos de guardia de aquellos soldados de la fé, y las oraciones de la madrugada, el rezo del medio dia, la plegaria de la tarde y el himno de la noche, el grito de alerta que se daban entre sí los centinelas del santo monte.

El mas jóven de todos era el que ocupaba el puesto mas avanzado, la ermita mas alta de la montaña. Largo, áspero y lleno de horribles precipicios está el camino que conduce á la ermita de San Gerónimo, distante tres mil quinientos pasos de la Magdalena, y cerca de dos mil de la de San Antonio; pero es tan magnífico el panorama que desde allí se descubre, son tan variadas y tan bellas las vistas que se gozan desde la ancha meseta que allí forma el monte, que el cansancio se olvida y toda fatiga parece corta.

Dilátase allí la vista por el Mediterráneo en la parte de Oriente y Mediodía; hácia Occidente y Septentrion los Pirineos parecen ligeras ondulaciones del terreno, y las vastas provincias de Valencia y Aragón, poblaciones de escasa importancia. Lo único que aparece grande y verdaderamente sublime es el cielo. Desde aquel nido de águilas á nadie le ocurre bajar la vista hácia la tierra, donde los grandes caseríos semejan pequeños bandos de palomas que se han parado á tomar aliento antes de remontarse hasta aquella altura; los rios caudalosos y los torrentes amenazadores apenas parecen hebras de plata, y el mundo material es una mancha microscópica en el gran cuadro que se ofrece á la imaginación del hombre.

Hasta llegar á la ermita de San Gerónimo admira la resolución del anacoreta, que renunciaba á los placeres y á las comodidades de la tierra para ir á vivir y morir aislado y solo en aquellas alturas, casi en las últimas regiones del aire. Despues que se ha llegado allí causaría mayor asombro saber que el ermitaño se habia arrepentido de su propósito y habia vuelto á vivir en aquel mundo, que tan pequeño se presenta á la vista.

Solo un hombre extraordinario habia tenido el raro privilegio de no sentirse anonadado por aquella grandeza, y se atrevió á bajar los ojos al suelo para fijarlos en el florido reino de Valencia y en las preciosas islas que surgían en medio del mar, y bajando como un torrente desde lo alto del monte, corrió á conquistar toda la tierra que habia visto desde la ermita de San Gerónimo.

Si Jaime I de Aragón hubiese descubierto otros reinos y hubiera sospechado la existencia de otros lugares en poder de los sarracenos, también los habria abarcado con su mirada de águila desde el Himalaya de Cataluña, para conquistarlos denodadamente con su brazo de hierro y su fé de bronce.

No parece sino que en memoria del gran conquistador, á quien sirvió de Atalaya la ermita de San Gerónimo, baja un arroyo engalanando el monte, como bajó el pensamiento de la conquista á engalanar las coronas de Aragón y de Castilla.

Pero hemos dicho que los grandes genios son los únicos que tienen el privilegio de hacer abstracción de la hermosa naturaleza en que viven, para codiciar nuevos tesoros; nosotros, empujados por las maravillas del monte, no podemos hacer otra cosa que seguir visitando sus ermitas.

La de San Antonio, que está á la bajada por la parte de Levante, ofreció á nuestra vista uno de los precipicios mas horrorosos que habíamos podido imaginar en medio de una naturaleza agreste, pero pintoresca en extremo.

Al asomar la cabeza por el reducido mirador de la ermita, no se vé otra cosa sino el infinito del vacío por donde pasan las pardas nubes de la tormenta, dilatando sus pulmones para que el trueno retumbe con mayor estrépito en la montaña.

Si un vértigo irresistible no trastorna el sentido y se lanza un grito de terror, allí hay una peña encargada de remedar clara y distintamente tres veces seguidas la palabra del asustadizo peregrino, que se siente helado de miedo al contemplarse aislado al borde de un precipicio de doscientas varas y á mil trescientos pasos de distancia del Monasterio.

Difícilmente se atreverá á trepar, aun despues de repuesto del susto, á la ermita de San Salvador, y preferirá bajar buscando un lugar de refugio en la de San Benito, donde lo apacible del terreno le hará olvidar el pasado peligro.

La de Santa Ana, que, mas espaciosa que las anteriores, servía de parroquia á los ermitaños que allí acudían á oír misa en los dias de precepto; la de la Trinidad, donde era permitido, con permiso del Abad, albergar á los seglares; la de Santa Cruz y la de San Dimas, son las últimas que se encuentran bajando al Monasterio.

Pero todas estas ermitas, como las anteriores, están reducidas á escombros; escombros de inestimable

precio, de importantes recuerdos históricos y de sublime grandeza religiosa; ruinas venerandas que no podrá extinguir jamás la mano de los hombres, porque el tiempo las ha encarnado en un monumento imperecedero. En un monton de ruinas tambien, pero de ruinas de los mas grandes prodigios de la creacion, de obras que ha podido improvisar en un instante el soplo del Divino Hacedor, y que la criatura humana, que apenas tiene ojos para verlas, carece de fuerzas para remedarlas.

En la montaña de Montserrat están las mas ricas filigranas de la arquitectura ojival, los atrevidos torreones del feudalismo, los severos muros del arte romano, los insondables fosos de las fortalezas; y estatuas colosales y bóvedas altísimas, y estribos de atrevida grandeza, y un arsenal, en suma, de cuanto la civilizacion ha ido remedando en las ciudades antiguas y modernas.

Si el sentimiento poético nos hubiera permitido el materialismo matemático, habríamos cubicado el monte para calcular el número de poblaciones griegas, romanas y godas que podrian hacerse estendiendo por las llanuras aquella apiñada ciudad de titanes.

ANTONIO FLORES.

MODAS.

Explicacion del FIGURIN, núm. 667.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de glassé, color de pensamiento. El cuerpo es cerrado y liso: la manga de codo, y termina en un rizado ancho. En el bajo de la falda hay un adorno compuesto de rizados del mismo glassé, armados en un junquillo, que se cruzan uno sobre otro formando conchas: su ancho es de 12 centímetros en la parte inferior, y suben disminuyendo hasta terminar en un punto en lo alto de la concha.

Manteleta-Echarpe del mismo glassé, escotada, y con puntas anchas cuadradas. Todos los contornos van adornados de un rizado, cortado por el centro, y escepto el escote, todos los demás guarnecidos de una série de volantitos pequeños, rizados, cruzándose uno sobre otro, en conchas, como los de la falda.

Sombrero de tul blanco moteado, con una tira de terciopelo morado al borde del ala: el bavolet es del mismo terciopelo: sobre el fondo hay una toquilla plegada, de blonda blanca, sostenida por un lazo de

cinta morada, cuyos cabos sirven de bridas: una blonda estrecha termina el bavolet. El interior del ala va adornado por un bandó de violetas de Parma entre rizados de blonda.

FIG. 2.^a TRAJE DE DESPOSADA.—*Vestido* de mueré antique blanco, enteramente cubierto de otro de crespon. El cuerpo es alto y cerrado: un plegado angosto de crespon rodea el escote, y baja por la costura del pecho hasta la cintura. El talle es redondo y el cinturon estrecho, con broche de perlas. La manga es de codo, bastante ancha: en su bajo lleva una especie de guarnecido, redondeado, que sobrepasa de la manga por un lado y sirve de vuelta: va orillado de un plegado como el del cuerpo. La falda de crespon va recogida á un lado por una roseta de orillas picadas.

Peinado de bandós rizados, cortados por dos rulos del mismo pelo, que dan vuelta por detrás de la oreja: una corona de flor de azahar forma la diadema.

Velo de tul blanco, liso, con un jareton estrecho.

Manga de tul blanco, formando bullon.

Explicacion del pliego de Dibujos.

NUM. 1. *Cuello* de mucha novedad, bordado con *trencilla* sobre *nanzouk*: la parte que coje el dibujo debe ir forrada de la misma tela.

NUM. 2. *Puño* correspondiente, cuyos extremos montan uno sobre otro.

NUM. 3. *Acerico* bordado á *feston* sobre dos telas, en esta forma: se borda sobre las dos telas la cenefa mas interior, recortando el circulito del centro, donde se colocará la cifra: se borda la cenefa exterior, y se recorta tambien desde las dos líneas de *feston* hasta el borde, quedando como un volante la última cenefa.

NUM. 4. *Pañuelo* bordado á *feston* y *minuto*, para guarnecer de encaje.

NUM. 5. *Guirnalda* al *pasado*, para sobre el jareton de una enagua.

NUM. 6. *Pañuelo* rico, bordado á *plumetis*.

NUM. 7. *Cenefa* bordada con *trencilla* ó *cordón*, para abrigos, trajes de niño, etc.

NUM. 8. *Otra idem* con *trencilla* de algodón, para enagua de señora.

NUM. 9. *Feston* para ropa de cama.

NUM. 10. *Cenefa* de aplicacion, para fichús ó gorras de mañana.

NUM. 11. *Feston*, para envoltura de niño recién nacido.

NUM. 12. *Ancora*, al *pasado* y *plumetis*, para puntas de corbata.

NUM. 13. *Escudo* al *minuto*, con una rosa al *pasado*.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director

Y EDITOR Y PROPIETARIO—P. J. de la Peña.

MADRID: 1862.—Imp. de M. Campo-Redondo.—Huertas, 42